

María Isabel Filinich*

Percepción y descripción

PERCIBIR Y DESCRIBIR APARECEN DE ENTRADA COMO DOS actividades de diverso orden: una no lingüística, situada en la base de toda actividad cognoscitiva, incluso de todo intento de aprehensión del mundo por parte de un sujeto;¹ la otra, de carácter más restringido, es una actividad lingüística, resultado, producto de una actividad cognoscitiva que le antecede. Si mediante el concepto de “percepción” se intentó dar cuenta de la captación en cierto modo espontánea, natural, primigenia, del mundo percibido, la noción de “descripción” recubre una serie de operaciones premeditadas, artificiales, de se-

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de Puebla.

¹ Hacemos esta afirmación en el mismo sentido en que A. J. Greimas alude a la percepción como “el lugar no lingüístico en que se sitúa la aprehensión de la significación” (*Semántica estructural*, Madrid: Gredos, 1973, p. 13). El término “lingüístico” aparece aquí referido a la lengua natural y no incluye otro tipo de sistema de significación. Es evidente que desde una perspectiva más comprehensiva de lo lingüístico, esto es, como término referido a todo posible lenguaje, debiéramos decir que la actividad perceptiva es ya un lenguaje desde el momento que articula propiedades sensibles con esbozos de significado. Pero dado que nuestro interés aquí es resaltar primero las diferencias para considerar luego las semejanzas, caracterizamos a la percepción como “no lingüística” en el sentido de no estar sujeta a los tipos de articulación propios de una lengua natural.

gundo grado, realizadas sobre aquello que se describe. Además, si la percepción hace actuar a los sentidos en el intento de organizar lo perceptible, la descripción es la puesta en escena, la representación de la actividad sensorial. Percepción de segundo grado, la descripción introduce, superpone otro orden a aquel ofrecido por los sentidos: el orden del lenguaje. En pocos términos y para enfatizar la oposición digamos que si la percepción nos coloca frente a un universo continuo, la descripción es el reino de lo discontinuo.

Sin embargo, a pesar de las oposiciones marcadas (actividad no lingüística / actividad lingüística, espontánea/ premeditada, natural/ artificial, captación primigenia/ captación de segundo grado, orden de los sentidos/ orden del lenguaje, universo continuo/ universo discontinuo) no podemos dejar de reconocer que si algún espacio textual ofrece un terreno propicio para manifestar la actividad perceptiva desplegada por un sujeto, tal espacio del texto está constituido por aquellos segmentos en los que domina la descripción.

¿Cuál es entonces la relación que vincula ambas actividades? ¿Por qué los segmentos descriptivos se privilegian al hacer un análisis de la actividad perceptiva manifiesta en los textos? En lo que sigue, intentaremos comenzar a recorrer el camino que nos marcan estos interrogantes.

Para realizar nuestras observaciones, tomaremos como punto de partida un fragmento de un texto en el que dominan los rasgos descriptivos. Con tal fin, citamos el siguiente pasaje de "El jardín de senderos que se bifurcan", de Jorge Luis Borges: ²

Absorto en esas ilusorias imágenes, olvidé mi destino de perseguido. Me sentí, por un tiempo indeterminado, percibidor abstracto del mundo. El vago y vivo campo, la luna, los restos de la tarde, obraron en mí; asimismo el declive que eliminaba cualquier posibilidad de cansancio. La tarde era íntima, infinita. El camino bajaba y se bifurcaba, entre las ya confusas

² *Ficciones, Obras completas*. Barcelona: Emecé Editores, 1989, p. 475.

praderas. Una música aguda y como silábica se aproximaba y se alejaba en el vaivén del viento, empañada de hojas y de distancia. Pensé que un hombre puede ser enemigo de otros hombres, de otros momentos de otros hombres, pero no de un país: no de luciérnagas, palabras, jardines, cursos de agua, ponientes. Llegué, así, a un alto portón herrumbrado. Entre las rejas descifré una alameda y una especie de pabellón. Comprendí, de pronto, dos cosas, la primera trivial, la segunda casi increíble: la música venía del pabellón, la música era china. Por eso, yo la había aceptado con plenitud, sin prestarle atención. No recuerdo si había una campana o un timbre o si llamé golpeando las manos. El chisporroteo de la música prosiguió.

Pero del fondo de la íntima casa un farol se acercaba: un farol que rayaban y a ratos anulaban los troncos, un farol de papel, que tenía la forma de los tambores y el color de la luna. Lo traía un hombre alto. No vi su rostro, porque me cegaba la luz.

Si abstraemos el orden del lenguaje superpuesto a la actividad perceptiva del sujeto y reconstruimos la experiencia de los sentidos vertida en la conciencia de este "percibidor abstracto del mundo", podremos observar que se llevan a cabo los siguientes procesos propios de la interacción entre sujeto y objeto en el acto perceptivo:

1) Se produce una *deictización del espacio*: la focalización se centra en el personaje, el cual, como observador, asume el ángulo de percepción (visual, auditivo y valorativo). Tal asunción se manifiesta en los índices que toman como punto de referencia al caminante. Así, verbos tales como "bajaba", "se aproximaba", "se alejaba", "se acercaba", indican un punto focal que organiza perceptivamente el espacio alrededor del protagonista.

2) Tiene lugar una *resemantización del espacio*: la visión de los elementos que conforman el paisaje (el campo, la luna, la tarde, el declive del camino) simultánea a la audición vaga de la música, producen una suerte de "olvido" que le permite al observador restituir al mundo sensible sus valores empáticos. Así, leemos a continuación: "Pensé que un hombre puede ser enemigo de otros hombres, de otros momentos de otros hombres,

pero no de un país; no de luciérnagas, palabras, jardines, cursos de agua, ponientes". Este sentimiento empático emanado de la percepción del mundo sensible se refracta en el espíritu del caminante para proyectarse sobre los objetos del mundo tornándolos presencias plenas de un valor trascendente.

3) No sólo hay una percepción del espacio exterior sino también una *reflexión sobre la propia actividad perceptiva*: el ámbito de penumbras y vaguedades en que se despliega la actividad sensorial incita a aguzar la mirada y el oído, y es un estímulo para la reflexión, la cual se mueve de lo desconocido y vago a lo conocido y preciso. Así, la música, primero incierta, se torna familiar; también el observador sufre un desplazamiento al pasar de un estado de saber a otro: los verbos "descifré" y "comprendí", manifiestan un movimiento de su conciencia que transforma una percepción nebulosa en una aseveración precisa.

Al observar estos tres procesos podemos reconocer que el acto perceptivo implica, en primer lugar, la instauración de una deixis (la restricción del campo propia de la asunción de un punto de vista determina algunas articulaciones elementales, o quizás sería mejor decir un campo de fuerzas orientado); en segundo lugar, un investimento semántico global desencadenado por la impresión de los sentidos y el consecuente movimiento de los afectos, y, en tercer lugar, la adquisición de un saber mediante la incorporación de lo desconocido en el contexto de lo conocido.

El complejo recorrido de la actividad perceptiva —que hemos resumido de manera rápida en tres fases sobresalientes— culmina en el umbral de otro proceso complejo que aquí subsumimos bajo la noción de "adquisición de un saber".

Si recobramos ahora la rejilla del lenguaje superpuesta al despliegue sensorial del sujeto que momentáneamente se convierte, en el texto de Borges, en "percibidor abstracto del mundo", podríamos reconocer un conjunto de operaciones propias de la actividad descriptiva:

1) Como todo segmento con dominante descriptiva, este texto se comporta como *reescritura de otros textos*, como reclasificación de clasificaciones que lo preceden. El lector reconoce aquí un recorte del espacio ya instituido por otras prácticas culturales y revestido por el término sintético-sincrético de "paisaje". En este sentido puede afirmarse que la descripción parte de un saber constituido, ordenado según criterios taxonómicos establecidos, y por lo tanto demanda de parte del lector una operación de reconocimiento antes que de conocimiento.³

2) La *declinación de una serie de términos* (campo, luna, tarde, camino, praderas...) que pueden ser subsumidos por el término "paisaje", a partir del cual se genera el despliegue de esta serie sinecdótica. Es propio de la descripción realizar una equivalencia entre una denominación y una expansión (cf. P. Hamon, 1981).

3) La *profusión de figuras* que producen una imagen nueva de lo descrito: la acumulación de epítetos (*ilusiones imágenes, vago y vivo campo, tarde íntima, infinita, confusas praderas...*); los zeugmas ("Una música [...] empañada de hojas y de distancia", "pero no [ser enemigo] de un país; no de luciérnagas, palabras, jardines, cursos de agua, ponientes"); las prosopopeyas ("un farol se acercaba", "un farol que rayaban y a ratos anulaban los troncos"), las enumeraciones, etcétera.

Este pasaje predominantemente descriptivo del texto de Borges exhibe los rasgos característicos de tal tipo de organización textual: apelación a un saber previo, despliegue de una nomenclatura y concentración de figuras.

Siendo éstos los elementos que tipifican a un sistema descriptivo, ¿qué es lo que lo vincula con la actividad perceptiva, de manera más estrecha que un sistema con dominante narrativa?

³ A este respecto P. Hamon sostiene: "Reconocer (el saber conocido) o aprender (un saber nuevo) serán entonces dos actividades del descriptivo que se podrían oponer al comprender que reclama la estructura narrativa", aunque el autor no desconoce que se trata más bien de una cuestión de dominancia antes que de una oposición irreductible (P. Hamon, 1981: 45) (La traducción es nuestra).

Decíamos que la actividad perceptiva culmina en el umbral de ese otro proceso complejo que es la adquisición de un saber y señalábamos asimismo que la actividad descriptiva parte de un saber ya adquirido, reticulado por otras prácticas culturales. Hay, evidentemente, entre ambas actividades el hiato que separa un hacer prelingüístico fundado en los sentidos y un hacer lingüístico sometido no sólo a las reglas de la lengua natural sino a las convenciones del discurso descriptivo.

Sin embargo, algunas semejanzas podrían apuntarse. En ambos casos estamos ante una interacción entre sujeto y objeto que plantea a este último como una totalidad que necesita ser desglosada para ser aprehendida. Tanto para el sujeto de la percepción como para el descriptor es necesario desplegar alguna estrategia para reconstituir una totalidad fundándose en las partes.

En ambos casos también, los sujetos se enfrentan a una *simultaneidad*, antes que a una sucesividad (como sería el caso del texto narrativo). Tanto el objeto de la percepción como el objeto de descripción son captados como entidades sincréticas, como un cúmulo de rasgos de diverso orden que obligan al sujeto a recurrir a algún procedimiento de organización.

El objeto que está en juego, para el observador y para el descriptor, es un objeto de saber, aunque para el primero se trata de un saber a adquirir y para el otro de un saber a transmitir. El texto descriptivo implica por lo general una situación comunicativa desigual en la cual un sujeto más informado comunica un saber a quien está menos informado (de ahí la predilección de la forma descriptiva por parte de los textos con función didáctica).

En consecuencia, pareciera tratarse de actividades que comparten algunas operaciones homólogas —aunque desarrolladas en niveles diversos— y que se encadenan por el hecho de poner ambas en juego un objeto de saber. En este sentido, la descripción aparece como una organización semántico-sintáctica superpuesta a la ex-

periencia sensible, como una categorización impuesta a lo percibido.

La homología señalada en las operaciones perceptivas y descriptivas —fragmentación del objeto en partes, captación de lo simultáneo, puesta en circulación del saber— hace del texto descriptivo una suerte de imagen del proceso perceptivo: la descripción representa sobre el escenario del lenguaje el despliegue de la actividad sensorial del sujeto.

Así como el texto con dominante narrativa escenifica las acciones, los estados de cosas, las transformaciones del sujeto, el texto con dominante descriptiva pone en escena las pasiones, los estados de ánimo, la transformabilidad del sujeto.

De allí que un conocimiento más preciso del proceso perceptivo posibilite un análisis más profundo de los segmentos descriptivos de un texto, y a su vez, el trabajo sobre los procedimientos descriptivos puede revelar importantes aspectos del modo de funcionamiento de la actividad perceptiva.

La descripción entonces no puede ser entendida como un fenómeno que se realiza en la superficie discursiva, como un revestimiento estilístico que expande o contrae los ritmos de la acción narrativa (*cf.* R. Dorra, 1989). Incluso si se intenta dar cuenta de su funcionalidad en el interior de textos inscritos en otros géneros, es necesario pensarla como una forma de organización textual más profunda, enraizada en la percepción, que privilegia ciertas estructuras semántico-sintácticas y se manifiesta en el discurso con rasgos propios.

Referencias bibliográficas

- Dorra, Raúl (1989), "La actividad descriptiva de la narración", en *Hablar de literatura*. México: FCE.
- Fontanille, Jacques (1987), *Le savoir partagé*. París/Amsterdam/Filadelfia: Hadès-Benjamins.
- (1994), "El retorno al punto de vista". *Morphé* núms. 9-10.
- Greimas, A. J. y J. Fontanille (1994), *Semiótica de las pasiones*. México: Siglo XXI.
- Hamon, Philippe (1981), *Introduction à l'analyse du descriptif*. París: Hachette.
- Merleau-Ponty, Maurice (1985), *Fenomenología de la percepción*. Barcelona/México: Origen/Planeta.
- Pimentel, Luz Aurora (1992), "La dimensión icónica de los elementos constitutivos de una descripción". *Morphé* núm. 6.